

UNA OPORTUNIDAD

Alejandra Niño

Gimnasio Campestre La Consolata

Era una mañana de lunes y el sol como siempre lo hacía, pegaba con fuerza en este lugar. La brisa parecía una bailarina; las aves que pasaban rápidamente y de repente se fundían en horizonte profundo y quizá infinito, adornaban. En las mesas había siempre una ficha de ese juego popular que absorbía segundo a segundo una gran parte de la población del lugar. Caminar por allí, era prácticamente pasar por un carnaval. Las personas en su mayoría tenían dificultades de todos los tipos, pero entre el domino, el sol, la brisa de mar, las aves y el olvido de la necesidad, obtenían un bálsamo.

Yo era un poco la excepción, pues en mí, desde que tengo un poco de razón, palpitaba la idea de que algo estaba mal. Y era cierto ¡Estaba muy mal! Había días en que mi vieja no tenía más posibilidad que ir al mercado, donde se agrupaban todos los pescadores, y esperar que pasará la hora fuerte de venta. Cuando ya se iban retirando todos los que podían comprar el pescado fresco, ella empezaba a reciclar. Realmente no tenía claro que especies eran, y me costaba mucho más reconocerlas, ya que había cabezas, partes aisladas, y muchas veces más espinas que carne. De este reciclaje, el resultado era en gran medida nuestra alimentación. La escuela era un objetivo inalcanzable. Debíamos llevar nuestros instrumentos, caminar al menos una hora y lo más difícil de todo: estudiar. Qué ejercicio más difícil.

A veces me retiraba un poco del puerto y caminaba hacia el centro de la ciudad, y allí veía construcciones grandes, gente con casco y gafas, y solo podía pensar en esa habilidad –más que en la oportunidad- que tenían para estudiar. Sin embargo no tiré la toalla tan fácil. Alcance a hacer hasta tercer año de secundaria, pero hasta ahí, no pude más. Eran varias cosas: el hambre, la falta de instrumentos, la lejanía de la escuela, y algo que no podía describir hasta ese momento, la impotencia de ver la vida golpear.

Antes de irme definitivamente de la escuela, fui invitado –y mi madre me colaboró- al coliseo principal del puerto. Allí se estaban celebrando unas competiciones deportivas entre algunos colegios de la ciudad. Dentro de las disciplinas, la que más me llamo la atención fue la del boxear. Veía como una persona luchaba incesantemente por no dejarse derrotar, y al mismo tiempo como el contrario hacía lo mismo.

En la tarde, con los últimos pesos que mi vieja me había obsequiado –con un sacrificio demencial- y ya liberado de la guardia prestada por la profesora, tomé la decisión de buscar un sitio donde practicar. Yo tenía idea que en el barrio existía una especie de gimnasio en el que iban personas de mi edad a entrenar algo similar. Tenía que caminar para poder ahorrarle esos pesos a mi vieja, y por ese motivo, pude encontrar ese lugar ya entrada la noche. Al llegar, lo primero que vi fue el letrero medio puesto que solamente decía “gym”. Nada más. Entré, y empecé a percibir un olor que penetraba en mis fosas nasales y casi me hacía estornudar.

Debí pasar un pasillo largo y oscuro, y al entrar, me encontré con una palabra, “¡box!”. Había un señor viejo, gordo y grande, sentado en una esquina de un cuadrilátero improvisado. Alrededor había sacos para golpear, y cada vez que él decía “box”, todos los partícipes de ese lugar empezaban a golpear los sacos, o intentaban hacerlo entre ellos, como si en eso encontraran una catarsis. Cuando pasaban aproximadamente 5 minutos, el que pareciera director de orquesta, gritaba que paran y por un momento, sólo se escuchaban los suspiros. Me le acerque y le pregunté que costaba ingresar, y solamente me miró, y me respondió: “lo que tu barriga aguante”. Acto seguido, sonó nuevamente el “¡box!” y la conversación terminó. De regreso a casa, estuve pensando en la frase, sin entender mucho.

Al día siguiente tome la decisión que cambiaría mi vida, ir allá. Me preparé como para ir a estudiar, pero en el bolso que utilizaba para ir a la escuela, eché una camiseta y unos cortos. Cuando llegué, me lleve la sorpresa de que estaba abierto. Entré y el mismo que me expuso la frase que me hizo pensar camino de vuelta, me miro, sonrío y empezó a gritar. Yo me quede un poco perplejo y entendí –no sé cómo- que era momento de empezar.

Durante varios meses entrené allí de una forma inigualable. Gota a gota, minuto a minuto, entendía la frase “lo que tu barriga aguante” Después de haber asistido durante tanto tiempo, había visto lo que muchos allí veían en el “¡Box!”, una oportunidad. Consideraban en cada mañana que podría llegar su oportunidad, y que solamente tenían que hacer de su hambre, fuerza. La ilusión en cada persona de ese gimnasio de boxeo, crecía cada transmitían por la televisión nacional alguna pelea por un título. Cada que pasaba eso, yo sabía que el día siguiente había que soportar más: golpes, hambre y sed... Este gimnasio tenía fama de entrenar los boxeadores más duros de la región e incluso tenían como logro, haber formado en sus inicios, uno de los grandes boxeadores. Por mi parte, los meses iban avanzando y yo seguía asistiendo, peleando en campeonatos regionales, y los logros iban llegando. De las peleas que más recuerdo es una a nivel departamental, en donde me tuve que enfrentar con uno del mismo gimnasio. El deseo de él era tan grande –y justamente la noche anterior se había transmitido una pelea- que cada golpe que lanzaba tenía tanto poder, que cuando daba en su objetivo, lo único que hacía era apretar la “barriga” y “aguantar”. La única forma de vencerlo, fue evitando al máximo sus golpes cargados de esperanza, y hacerlo correr tanto hasta que no pudiera más y ahí pudiera yo hacer algo. Y así fue. Sin embargo, todos los días recuerdo esa pelea: en ese momento entendí que las personas que llegábamos allí –al “¡Box!”- teníamos encima una ilusión implícita, poder dejar de hacer que la barriga aguante.

Pasaron algunos años –y mi vieja ya se había dado cuenta que era desertor de la secundaria- y mi momento llegó. Estaba anunciado en un coliseo famoso, fuera de mi puerto y de mi país. La pelea sería contra el campeón mundial del peso que yo tenía en ese momento. Había una premiación que podría cambiar para siempre mi vida y la de mi vieja. Me preparé con más que ilusión. Día y noche estaba en el “¡box!” Incluso muchas veces dormía allí. Tenía un grupo de amigos que había hecho en el gimnasio que estaban conmigo en todo momento. Quizá ellos sentían que también era su momento. Debía viajar toda la mañana para llegar al aeropuerto

principal, nuestros recursos eran pocos y debíamos ir allí por tierra. Llegamos a la ciudad que acogería el encuentro en la noche. Descanse lo que más pude e intente estar tranquilo.

En la noche del día de la pelea, ya todo estaba preparado. Era impresionante el ambiente que se sentía. La verdad poco podía percibir de lo que expresaban, pues era un lenguaje totalmente desconocido para mí. Subí al cuadrilátero –que ya no era improvisado- y todo realmente empezó. Golpe tras golpe recordaba cada lágrima de mi madre por no tener que darme de comer. Intentaba atacar a mi oponente pero era muy rápido. Sus golpes eran aún más fuertes que los de ese campeonato departamental, no llevaban ilusión sino ambición. Iban pasando uno a uno los momentos y yo recordaba más cosas: las cabezas de pescado en la sopa; las clases que no podía entender; el dominó de los viejos en las calles; las aves cruzando para adornar el paisaje... Empecé a sentir que era una mañana soleada de lunes y la brisa rozaba mis mejillas. Cada segundo –diferente al que consumía el dominó- se me iba la vida. ¿Realmente se me iba? Había encontrado una oportunidad de alejarme de la opresión de la realidad. Habían sido tan fuertes los golpes de la realidad que fui destinado a vivir, que esa brisa, ese calor, ese dominó eterno que estaba empezando a disfrutar, valía la pena. Ya no era momento de aguantar más, era momento de entender que esa era mi oportunidad.